



## La Hora de Nuestro Muerte

Los números en paréntesis hacen referencia a párrafos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Noviembre, el Mes de los Difuntos, nos presenta un hecho absolutamente cierto de nuestras vidas: un día moriremos. ¿Cómo deberíamos vivir hacia ese día? ¿Qué vendrá después de eso? Con un ojo en *El Catecismo*, pensemos en estas preguntas sobre las últimas cosas.

En la muerte el cuerpo y el alma son separadas. El alma se aleja del cuerpo, y el cuerpo se pone sin vida en el suelo. Cabeza y corazón, brazos y piernas, manos y pies se convierten en polvo. La maldición de la muerte parece poner un fin a todo. Pero la tumba no puede contener nuestra memoria, nuestra imaginación, nuestra mente, y nuestra voluntad. Como se dieron cuenta los antiguos paganos, el alma sigue viviendo. Pero, ¿cómo vive? ¿Para qué vive?

La Resurrección del Hijo de Dios testifica que la separación mortal del cuerpo y el alma ha sido superada para siempre. Por virtud de Su “poder . . . para someter todas las cosas a sí mismo”, el Primogénito de los Muertos “cambiará nuestro cuerpo miserable para ser semejante a su propio cuerpo del que irradia su gloria.” (Filipenses 3:21). El “dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible, uniéndolos a nuestras almas” (997). Y serán nuestros propios cuerpos, como el cuerpo resucitado de Jesús era incuestionablemente el Suyo propio: “Miren mis manos y mis pies”, Él dijo al mostrarles a sus Apóstoles Sus heridas; “soy yo mismo” (Lucas 24:39).

Sin embargo, antes de ese día de la resurrección, tenemos que rendir cuentas de nuestra vida al Dios Que nos la da. “Al morir, cada hombre recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un *juicio particular* por Cristo, Juez de vivos y de muertos” (1051). “Salvo que elijamos libremente amarle, no podemos estar unidos con Dios. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente contra Él, contra nuestro prójimo, o contra nosotros mismos”—y si persistimos en estos pecados hasta el final (1033).

Desde la ventana de su hotel, el tirador de Las Vegas asesinó a docenas de personas e hirió a cientos más antes de fusilarse a sí mismo en el último minuto de su vida. “Es por el rechazo de la gracia en esta vida por lo que cada uno se juzga ya a sí mismo . . . y puede incluso condenarse eternamente al rechazar el Espíritu de amor” (679). Por su propia voluntad “las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte” (1035). Porque fuimos creados “en la imagen de Dios”, y Dios *es* libertad. Él respeta nuestra libertad hasta el extremo; Él no nos obligará a obedecerle. Nos deja libres para elegir ir al Infierno—“la autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados” (1033). “El que no ama está en un estado de muerte” (1 Juan 3:15).

Un destino diferente espera a nuestras almas que mueren insuficientemente preparadas para la eterna amistad con Dios. Estas almas “sufren una purificación después de su muerte, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en el gozo de Dios” (1054). Pero esta “purificación final” del Purgatorio “es completamente distinta del castigo de los condenados” en el Infierno, quienes han escogido irrevocablemente permanecer en la muerte (1031). En marcado

contraste, las almas en el Purgatorio, “seguros de su salvación eterna”, saben que están en camino al Cielo (1054).

En el Cielo las almas de los redimidos conocen como son conocidas y aman como son amadas, libres para siempre del miedo, la sospecha o el egoísmo. *Ven a Dios tal como está* en la Visión Beatífica—“la fuente inmensa de felicidad, de paz, y de comunión mutua” (1045).

En el Último Día “todos los hombres comparecerán con sus cuerpos en el día del juicio ante el tribunal de Cristo, para dar cuenta de sus propias acciones” (1059). “Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios. El Juicio Final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena” (1039).

Una gran lección subyace a estas enseñanzas sobre las últimas cosas: “La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición” (1009). Este Noviembre resolvamos nosotros “transformar [nuestra] propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo” (1011).

Cada Octubre lo dedicamos al Respeto por la Vida y cada Noviembre al recuerdo de los muertos. En ambos meses nos encontramos cara a cara con la dignidad dada por Dios de cada vida humana desde el origen hasta el final.

Nosotros los habitantes de Oregon tenemos buenas razones para marcar el tiempo de esta manera. Oregon fue el primer estado en legalizar el suicidio asistido por un médico y uno de los primeros estados en permitir el aborto. Yendo más lejos por el mismo camino oscuro, nuestra legislatura estatal aprobó una ley este año

obligando cobertura de seguro del aborto y llegó cerca de aprobar un proyecto de ley que hubiera dejado a las personas con demencia en mayor riesgo de la eutanasia.

Oposición inflexible a esta matanza sancionada por el estado viene por vía de herencia a aquellos que ponen su fe en el Dios de los Vivos y los Muertos. A medida que Octubre fluye en Noviembre, piensen por un momento en contra de la amenaza a la vida—y la fe—que enfrentamos de la extensión del suicidio asistido y la eutanasia.

Las primeras páginas de las Escrituras nos dicen que cada ser humano está hecho en la imagen de Dios. Así fue en el principio y así es ahora; pero antes de que pasara mucho tiempo, el egoísmo salvaje del hombre desfiguró la imagen más allá del reconocimiento. Entonces por nuestro bien el Hijo único de Dios se vació a sí mismo para restaurar su belleza original. Él se sometió a un peligroso nacimiento humano, vivió una completa vida humana, y murió una horrible muerte humana. Pero su final fue solo el comienzo. Ahora el Resucitado, “la Imagen del Dios Invisible”, resplandece en plenitud victoriosa, sacando a la luz la indestructible dignidad de la vida humana en cada edad y en cada condición.

Por toda Su vida Nuestro Salvador se puso en nuestras manos—para levantarlo del pesebre al nacer, para bajarlo de la Cruz y colocarlo en la tumba al morir. Ante nuestra asistencia no puso ninguna resistencia. Él no estaba avergonzado de ser radicalmente dependiente en la caridad de extraños. Uno de ellos, Simón el Cirineo, le alivió la carga de Su Cruz en camino hacia el Calvario.

En todo esto, Jesús deliberadamente nos dejó “un ejemplo”. Si lo tomas en serio, cuidarás a los

demás en su momento de necesidad y dejar que ellos te cuiden a ti en el tuyo. San Pablo nos enseña a “llev[ar] las cargas de los unos de los otros”. *No* dice: “Nunca seas una carga para nadie”. *Tu* carga puede ser precisamente la que Dios quiere que pongas en las manos de tu vecino. En su hora de debilidad, tu puedes, como el Cirineo, ayudar a soportar su peso; al que va cayendo puedes prestar la fuerza. Pero cuando falle tu fuerza, la hora ha llegado para que tu vecino tome el peso de tu cruz sobre sus hombros en retorno. ¿De qué otra manera debe él “cumplir la ley del amor”?

Los Romanos diseñaron la crucifixión para ser una muerte *sin* dignidad, y en Su Pasión, dijo San Vicente de Paul, Jesús “casi perdió la apariencia de un hombre”. Pero Él nunca perdió su dignidad. Nadie podía quitárselo. La dejó libremente para tomarla de nuevo en la Resurrección.

La muerte indigna del “Rey de los Judíos” ya no tiene poder sobre Él. Es por eso que los que lo seguimos, defendemos la dignidad de la vida dada por Dios y nos comprometemos a defenderla.